

**Buruma, Ian. *La creación de Japón, 1853-1964*. Barcelona. Mondadori, 2003. Traducción de Magdalena Chocano Mena. ISBN 8439709978**

---

per Artur Lozano Méndez (Universitat Autònoma de Barcelona)

Ian Buruma (1951), académico de origen anglo-holandés, es profesor de Democracia, Derechos Humanos y Periodismo en el Bard College de Nueva York. Ha publicado varios ensayos que tratan sobre Japón, China y la relación entre Occidente y la idea de Asia. Asimismo, ha publicado obras de ficción.

En este ensayo, Ian Buruma analiza el período de la Historia japonesa comprendido entre 1853 y 1964. Sin embargo, semejante delimitación es engañosa, puesto que el autor está obligado a hacer referencia a hechos anteriores, a corrientes e inercias que preceden la llegada del comodoro Perry en 1853. Por otro lado, el análisis del Japón de posguerra llega mucho más lejos de los JJOO de Tokio en 1964. De hecho, uno de los méritos del libro es que el análisis alcanza hasta el pulso de Koizumi a las facciones del PLD y su ascenso a la presidencia del país. En el epílogo, la obra plantea cuestiones muy relevantes respecto del Japón actual. De esta manera consigue lo que muchos libros de Historia parecen evitar denodadamente: pertinencia y relevancia. ¿Quiere eso decir que la obra es recomendable? ¿Se trata de un ensayo histórico «de calidad»? No me corresponde adoptar una actitud prescriptiva. En esta reseña, indicaré la utilidad del ensayo para diferentes tipos de lectores/-as. Por otro lado, trataré de esclarecer los objetivos de lectura que el autor propone, para así juzgar la obra en sus propios términos.

Desde hace algo más de una década, se aprecia un fenómeno de «historización» de la literatura popular. En efecto, las llamadas «novelas históricas» y los superventas cuyas tramas tienen raíces en el pasado son ampliamente consumidos. En paralelo, puede observarse un proceso de «narrativización» de la Historia. Esto explica el éxito de ventas de las biografías y el interés por el material histórico de tintes más novelescos (los templarios son el ejemplo paradigmático).

Estas tendencias se manifiestan en multitud de maneras. En el caso de esta obra, resulta sorprendente constatar esa influencia incluso en la estructura externa del libro. Así, los capítulos presentan títulos como: «1. Las naves negras» o «6. El “boogie-woogie” de Tokio»; en lugar de «1. El Japón coetáneo a la llegada del comodoro Perry en 1853. Las relaciones con el extranjero y las corrientes políticas internas.» Por supuesto, no hay nada de condenable en esos títulos como no hay nada de condenable en recurrir a la función literaria del lenguaje. Fueron los japoneses los que calificaron de «naves negras» a los cuatro navíos del comodoro. Por su parte, el título del capítulo sexto hace alusión al hecho de que buena parte de la población de posguerra se moría de hambre mientras que por la radio bramaban canciones optimistas y desenfadadas, como señala el propio Buruma. Se han escrito multitud de ensayos históricos de rigor intachable e interés indudable que también tenían méritos literarios. No he apuntado el comentario desde una postura condescendiente o desde el fanatismo y la parcelación académica. Sólo recojo el dato como indicio, porque sumado a otros indicios, apunta a una estrategia: ofrecer una obra de divulgación popular accesible.



El estilo «literario» trata de ser ágil, cinético. A menudo semeja una de esas novelas donde la sucesión de peripecias no permite al lector familiarizarse con los personajes. Véase, por ejemplo, la presentación de la efervescencia social y cultural de la era Taishō (1912-1922), en el capítulo «3. Ero guro nansensu». En su planteamiento, Buruma presta mucha importancia a los agentes y sujetos históricos humanos, no tanto a las instituciones (excepto la Casa Imperial japonesa), los procesos globales o la historia económica y material. Podría haber funcionado, pero Buruma no da la talla como escritor. El uso de técnicas cinematográficas para hablar de personajes históricos no sirve tanto para humanizarlos como para cosificarlos, puesto que el autor los reduce a arquetipos.

Encontramos dos ejemplos claros del estilo cinematográfico del autor en las presentaciones con que se inician los capítulos «6. El “boogie-woogie” de Tokio» y «7- 1955 y todo eso». En el primer ejemplo, el autor escenifica el aterrizaje de McArthur en Japón, donde se presagia la figura del fantoche megalómano que nos ha legado la Historia. Buruma trata de adecuar su personaje a la leyenda, sólo que la Historia no debería seguir el libro de estilo de los periodistas de *The Man Who Shot Liberty Valance*. El séptimo capítulo se inicia con la presentación de Kishi Nobosuke. Se narra la salida de la cárcel del que sería primer ministro: «Sus suaves labios se abrieron en una sonrisa» (sic) [P. 171]. Casi podemos visualizar los planos y los movimientos de cámara mejor que en un *story-board*...

Quien firma estas líneas se formó en el mundo de los estudios sobre traducción. En esa disciplina, se insiste en los parámetros que determinan la producción de un texto meta: la función o escopo de la traducción, la tipología textual a la que pretende adscribirse, el público al que va dirigida, las demandas de la editorial/cliente... A veces, aun a riesgo de imponer el mecanicismo, desearía que cualquiera que se implique en un proceso de escritura original se planteara también todas esas cuestiones. A pesar del legado crítico de E.A. Poe, la mayoría sigue actuando como si los buenos textos fueran producto de la inspiración.

346

Toda tarea se somete a unas restricciones y objetivos. ¿Qué perseguía Buruma con *La creación de Japón, 1853-1964*? ¿A qué clase de lector iba dirigida la obra? Da la impresión, vívida (por más que eso sea un oxímoron), de que el autor no se detuvo a responder de manera clara y consecuente ciertas preguntas fundamentales antes de ponerse a recopilar información. La bibliografía comentada al final de la obra constituye una muestra de lo que vengo diciendo: mezcla comentarios propios de unos «agradecimientos», apreciaciones impresionistas y valoraciones de pretensión académica.

Según se afirma en las guardas del libro, la colección Breve Historia Universal se dirige a un «público amplio». Y no hay duda de que, desde esos parámetros, este volumen ha sido bien escogido. Por lenguaje, planteamiento, grado de profundidad de los análisis, etc., se deduce que el autor trabajaba con cierta representación mental, consciente o no, de un tipo de interlocutor, al que le sienta bien la etiqueta «público amplio». Se trata de un lector que busca una introducción histórica no demasiado exhaustiva, con ejemplos y comparaciones con hechos históricos más cercanos, de modo que pueda asimilar mejor una materia histórica en la que es neófito. Sin embargo, las comparaciones son vagas y muy generales, la exposición está atestada de personajes deuteragonistas, que aparecen brevemente y cuya significación histórica cuesta retener en la memoria.

Por otro lado, el libro es demasiado superficial y posee demasiados tics eurocéntricos como para que pueda ser tomado en serio por lectoras más informadas. En el libro abundan las tesis

culturalistas, supuestamente *emic*, que en realidad son orientalistas e impuestas por violencia hermenéutica:

«Como veremos, el exceso de confianza, el fanatismo, el agudo sentimiento de inferioridad y a veces la excesiva preocupación por el estatus nacional han tenido conjuntamente un papel en la historia del Japón contemporáneo. Pero una cualidad ha sobresalido para ayudar a Japón más que ninguna otra: el talento para sacar el mejor partido de la derrota.» [P. 14]

De ahí al vaniloquio hegeliano del *Zeitgeist* no media tanto trecho. Por desgracia, no es el único ejemplo, pero no tiene sentido reproducir la lista aquí. Me parece mucho más relevante preguntar por qué, tantos años después de que Said publicara *Orientalism*, se sigue cayendo en las mismas viejas trampas y, sobre todo, qué se puede hacer para eludir las. Una reseña no es el lugar apropiado para debatir estas cuestiones, pero me permito aconsejar la lectura del artículo de Joaquín Beltrán publicado en estas mismas páginas: «Re-orient(ar) la historia. Notas para una crítica euro/sino-céntrica.» Empiezo a creer que, para evitar las tendencias deformadoras, no basta con *bona fide*, quizá ni siquiera basten una instrucción ejemplar o un intelecto brillante. En efecto, como apunta Beltrán, al analizar procesos que atañen a diversas zonas del mundo, o al realizar análisis de una zona destinados a otras zonas, deben participar agentes de todas las zonas implicadas. Con los medios de comunicación a nuestro alcance, sólo la pereza y la falta de costumbre nos impiden formar verdaderos equipos de trabajo internacionales; pero dejemos la digresión y volvamos a la reseña.

Si aceptamos la premisa de que la figura del lector implícita es la de alguien interesado en adquirir una primera impresión sobre la Historia del Japón moderno, hay que admitir que el libro acierta al menos en un aspecto: señalar a la dialéctica ideológica, política y social detrás de los problemas que el Japón ha enfrentado en la modernidad. El autor tiene la valentía de aventurar que no importa cuántos problemas resuelva el país: si no se enfrentan algunas cuestiones estructurales, aparecerán nuevos problemas que no serán sino nuevos avatares de esas tensiones fundamentales.

«(...) no es solo la gente de su propia generación la que responde al nacionalismo emotivo de Ishihara. Atrae a la gente joven también, como resultado, creo, de una cultura intelectual atrofiada por los dogmas de la derecha y la izquierda. Es asimismo el resultado de un sistema político que sofocó deliberadamente el debate público al optar por una concentración maniática en el crecimiento económico. Y es el resultado de la dependencia infantil de Estados Unidos. Hasta que estos problemas no se resuelvan, la posguerra no habrá terminado.» [P. 195-6]

A ello hay que añadir el sistema de partidos de 1955, por el cual el PLD y la poderosa burocracia firmaron un acuerdo para perpetuarse en el poder. También hay que sumar la revisión del papel de la Casa Imperial en el discurso nacionalista del *kokutai* y la irresponsabilidad de las decisiones militares al final de la IIª GM.

En síntesis, se trata de una obra aconsejable para lectores con una cierta curiosidad por la Historia de Japón, que prefieran un estilo expositivo ágil y sin prolijidades, a los que no les importe que se caiga en superficialidades o deformaciones ideológicas. Probablemente Buruma haya cumplido con los objetivos de lectura que se hallan inscritos tácitamente en la obra. Ahora bien, desde un punto de vista académico, este ensayo no aporta nada y ciertos vicios orientalistas lo hacen desaconsejable para lectores exigentes.



